

El Archivo de Sherlock Holmes

- 5 -

La aventura de los tres Garridebs

Pudo haber terminado en comedia, o pudo haber terminado en tragedia. Le costó a un hombre la pérdida de la razón; a mí, una hemorragia, y a otro hombre más, la correspondiente pena legal. Pero, con todo eso, no cabe duda de que el caso encerró un elemento de comedia, como ustedes van a juzgar por sí mismos.

Recuerdo muy bien la fecha, porque fue en el mismo mes en que Holmes rehusó un título de nobleza por servicios que quizá puedan describirse algún día. Sólo de paso lo menciono, porque en mi situación de socio y confidente me veo obligado a ser sumamente cauto para evitar cualquier indiscreción. Repito, sin embargo, que esto me permite fijar la fecha, que fue durante la segunda quincena del mes de junio de 1902, muy poco después de la terminación de la guerra en Sudáfrica. Holmes había permanecido varios días en la cama, como acostumbra a hacerlo de tanto en tanto; pero aquella mañana se me presentó con un largo documento escrito en papel de folio y con una expresión divertida en sus severos ojos grises.

—Amigo Watson —me dijo—, aquí hay para usted una probabilidad de ganar algún dinero. ¿Ha oído usted alguna vez el apellido Garrideb?

Confesé que jamás lo había oído.

—Bien, si consigue atrapar a un Garrideb, ganará dinero con ello.

—¿Por qué?

—Bueno, eso es largo de contar, y también bastante fantástico. No creo que en todas las exploraciones que llevamos realizando en el complejo humano nos hayamos encontrado jamás con una cosa más curiosa. Como el interesado va a venir muy pronto para ser sometido a un interrogatorio, no quiero abordar el asunto hasta que se encuentre aquí presente. Pero entretanto, lo que nos hace falta es el nombre.

La guía del teléfono estaba encima de la mesa junto a mí y abrí sus páginas para realizar en ellas una búsqueda que parecía bastante infructuosa. Pero,

con gran asombro mío, encontré ese apellido en el lugar correspondiente, y dejé escapar una exclamación de triunfo:

— ¡Aquí lo tiene, Holmes! ¡Aquí está!

Holmes recibió el volumen de mi mano y leyó:

— «*Garrideb N., número ciento treinta y seis, Little Ryder Street W*».

— Siento mucho desilusionarlo, querido Watson pero este personaje es el mismo individuo en cuestión y aquí está su dirección en su carta. Nos hace falta otro para emparejarlo con él.

En ese momento llegó la señora Hudson con una tarjeta en la bandeja. La tomé y la examiné.

— ¡Aquí lo tenemos! — exclamé, atónito—. La inicial del nombre es muy distinta: John Garrideb, consejero legal, Moorville, Kansas, EE. UU.

Holmes sonrió al examinar la tarjeta y dijo:

— Me temo, Watson que no tenga más remedio que realizar otro esfuerzo. Este caballero está metido ya en el caso, aunque no lo esperaba esta mañana. Sin embargo, se halla en condiciones de decirnos bastantes cosas que yo deseo saber.

Un momento después entraba el susodicho en la habitación. John Garrideb, consejero legal, era un hombre pequeño y fornido, de cara redonda, fresca y completamente afeitada, tan característica de muchos hombres norteamericanos de negocios. La impresión general que producía era la de un hombre rechoncho y bastante infantil, de un joven con cara adornada por una ancha y constante sonrisa. Sus ojos, sin embargo, atraían la atención. Rara vez he visto en una cabeza humana unos ojos que proclamasen una vida interior más intensa que aquella. ¡Así eran de vivos, despiertos y ágiles para exteriorizar todos los cambios de pensamiento! Hablaba con acento norteamericano, pero sin ninguna excentricidad en la manera de expresarse.

— ¿Es el señor Holmes? — preguntó, mirando primero a uno y luego a otro —. ¡Ah, ya entiendo! Yo diría que sus retratos no son demasiado distintos a la realidad. Creo que ha recibido una carta de otra persona que lleva mi mismo apellido, el señor Natham Garrideb. ¿Es así?

— Siéntese, por favor — dijo Sherlock Holmes—. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Tomó las hojas de papel de oficio.

—Usted es, sin duda, el señor John Garrideb, del que se habla en este documento. Pero lleva ya algún tiempo en Inglaterra, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo dice, señor Holmes?

Creí leer en aquellos ojos expresivos una súbita sospecha.

—Porque todo su equipo es inglés.

El señor Garrideb dejó oír una risa forzada.

—Señor Holmes, estoy enterado ya de sus artimañas, pero nunca pensé que yo mismo sería el sujeto con quien las ejercitase. ¿De dónde saca lo que ha dicho?

—Por el corte de la hombrera de su chaqueta, por la puntera de sus botas... ¿Hay alguien que pueda tener la menor duda?

—Bien, bien; no me imaginaba que mi *britanismo* saltase de esa manera a la vista. Lo cierto es que los negocios me trajeron a este lado del mar hará algún tiempo, y por eso mi vestimenta es, como usted dice, casi por completo londinense. Pero me imagino que su tiempo vale mucho, y que no nos hemos reunido para hablar del modelo de mis calcetines. ¿Qué le parece si dedicamos nuestra atención a ese documento que tiene usted en la mano?

No sé por qué, pero la verdad era que Holmes había hecho erizar a nuestro visitante, cuya cara regordeta se había revestido de una expresión mucho menos simpática.

—¡Paciencia, señor Garrideb, paciencia! —dijo mi amigo en tono tranquilizador—. El doctor Watson podría decirle que estas pequeñas digresiones mías suelen a veces tener alguna influencia sobre los asuntos, como se demuestra al final. Pero ¿por qué razón no vino con usted el señor Natham Garrideb?

—¿Y por qué razón tuvo él que involucrarlo en este asunto, digo yo? —preguntó nuestro visitante, con un súbito arrebató de ira—. ¿Qué tenía que ver en ello? Nos encontramos con un asunto puramente profesional entre dos caballeros, y uno de ellos se siente obligado a dar intervención a un detective. Esta mañana hablé con ese señor, y entonces él me expuso esta fea jugarreta que me ha hecho, y por esa razón he venido. Pero, a pesar de todo, la cosa me molesta bastante.

—La medida no significa nada en su contra, señor Garrideb. Fue inspirada simplemente por el interés que él tiene en alcanzar la finalidad que persigue; finalidad que, según tengo entendido, es de la misma vital importancia para ambos. Él sabía que yo dispongo de medios para conseguir informes y, por consiguiente, era muy natural que recurriese a mí.

La expresión irritada de nuestro visitante fue desapareciendo gradualmente, y dijo:

—De acuerdo; visto así, ya resulta distinto. Cuando esta mañana fui a visitarlo y me dijo que había puesto el asunto en manos de un detective, me limité a pedirle su dirección y vine hasta aquí directamente. Yo no quiero que la policía se meta en un asunto de carácter privado. Pero si usted está dispuesto a ayudarnos a encontrar a nuestro hombre, ningún daño puede haber en ello.

—Entonces bien; así es como está planteado el asunto —dijo Holmes—. Y ahora, ya que se encuentra aquí, lo mejor será que escuchemos de sus propios labios un relato claro. Mi amigo aquí presente desconoce los detalles.

El señor Garrideb me examinó con mirada no demasiado amistosa.

—¿Hace falta que los conozca? —preguntó.

—Por lo general, él y yo trabajamos juntos.

—Bien, de todos modos no existe razón para que se mantenga en secreto. Le relataré a usted los hechos con toda la brevedad que me sea posible. Si usted procediese de Kansas no necesitaría explicarle quién era Alexander Hamilton Garrideb. Se hizo rico negociando en fincas y más tarde en la bolsa del trigo de Chicago, pero luego gastó su dinero comprando tantas tierras como las que abarca uno de los condados de Inglaterra. Esas tierras se hallan situadas a lo largo del río Arkansas, al oeste de Fort Dodge. Se trata de tierras de pastoreo, maderera, cultivable y de minerales, y de toda otra clase de tierra que brinde dólares al hombre que la posea.

»No tenía conocidos ni parientes... o, si los tenía, nunca había oído hablar de ellos. Pero adquirió una especie de orgullo por la rareza de su apellido. Eso fue lo que nos juntó. Yo estaba trabajando como abogado en Topeka, y un día tuve una visita del anciano, se encontraba muerto de risa por encontrar otro hombre con su mismo apellido. Era su nueva afición favorita, y estaba completamente dispuesto a averiguar si habían más Garridebs en el mundo. «¡Encuéntrame otro!» dijo. Le contesté que era un hombre ocupado y no podía gastar mi vida paseando por el mundo en busca de Garridebs. «Nada menos», dijo él, «eso es justo lo que hará si las cosas salen tan bien como las

planeé”. Pensé que estaba bromeando, pero había mucho significado en sus palabras, como estaba pronto a descubrir, ya que murió un año después de decir esto, y dejó un testamento tras de él. Era un extraño testamento que había sido archivado en el estado de Kansas. Sus propiedades fueron divididas en tres partes y tuve que aceptar la condición de encontrar dos Garridebs quienes deberían compartir conmigo el resto de la herencia. Eran cinco millones de dólares para cada uno, pero no podíamos poner un dedo sobre el dinero hasta que estuviéramos los tres.

»Era una gran oportunidad para que ejercitara mi práctica legal y me puse en camino en busca de los Garridebs. No hay ninguno en los Estados Unidos. Busqué por él, señor, con gran esmero pero nunca pude encontrar un Garrideb. Entonces probé en Inglaterra. Indudablemente debían haber suficientes nombres en el directorio telefónico de Londres. Fui tras él hace dos días y le expliqué todo el asunto. Pero era un hombre solitario, como yo, con algunas familiares mujeres, pero ninguno varón. El testamento hablaba de tres hombres adultos. Así que verá que hay una vacante, y si pudiera ayudarnos a llenarla estaríamos dispuestos a pagarle por sus costos.

—Bien, Watson —dijo Holmes con una sonrisa—. ¿Dije que era algo caprichoso, no es cierto? Debería pensar, señor, que lo más obvio que debería hacer es poner anuncios en los periódicos.

—Lo he hecho, Sr. Holmes. Ninguna respuesta.

—¡Mi estimado señor! Bueno, estamos ciertamente ante un pequeño y curioso problema. Consultaré mi agenda. Por cierto, es curioso que haya venido de Topeka. Yo solía tener un corresponsal... ahora está muerto... el viejo Dr. Lysander Starr, quien fue Mayor en 1890.

—¡El buen Dr. Starr! —dijo nuestro visitante—. Su nombre aún es honrado. Bien, señor Holmes, debo suponer que todo lo que podemos hacer es esperar a que nos informe y nos haga saber cómo progresan sus investigaciones. Cuento con usted para oír novedades en un día o dos —con esta seguridad nuestro americano se inclinó de modo respetuoso y se marchó.

Holmes tenía encendida su pipa, y se sentó durante un tiempo con una sonrisa curiosa sobre su cara.

—¿Bien? —pregunté al fin.

—Me estoy preguntando, Watson... ¡Sólo preguntando!

—¿El qué?

Holmes tomó la pipa de sus labios.

—Me estaba preguntando, Watson, qué cosa sobre la tierra puede ser el objetivo de este hombre para decirnos tal maraña de mentiras. Estuve cerca de preguntarle..., porque hay veces en que un directo ataque frontal es la mejor acción..., pero juzgué que sería mejor dejarle pensar que nos había engañado. Tenemos a un hombre con un traje inglés raído en los codos y pantalones abultados en la rodilla, con una vestimenta añeja, y por este documento y por su propio aspecto se trata de un americano provinciano que posteriormente desembarcó en Londres. No puso ningún anuncio en los periódicos. Usted sabe que no me pierdo nada en esa sección. Nunca hubiera pasado por alto un anuncio como ése. Nunca conocí un Dr. Lysander Starr, de Topeka. Por dondequiera que lo tanteé, me resultó falso. Creo que el individuo es, en efecto, norteamericano. Pero sus años de residencia en Londres han limado su acento característico. ¿Qué juego se trae, entonces, y qué móvil se esconde detrás de esta absurda búsqueda de los Garrideb? La cosa merece que le dediquemos nuestra atención porque, aceptando que ese individuo es un sinvergüenza, no cabe duda de que es un sinvergüenza complejo e ingenioso.

Vamos ahora a poner en claro si el otro corresponsal nuestro es también fraudulento. Hágame el favor de llamarlo por teléfono, Watson.

Así lo hice, y desde el otro extremo de la línea me contestó una voz débil y temblorosa:

—Sí, sí, yo soy el señor Natham Garrideb. ¿Hablo con el señor Holmes? Me agradecería mucho cambiar unas palabras con el señor Holmes.

Mi amigo tomó al aparato y yo escuché el diálogo, entrecortado, como es natural.

—Sí, ha estado aquí. Tengo entendido que usted no lo conoce. ¿Desde cuándo...? ¡Sólo dos días...! Sí, sí, desde luego, la perspectiva es por demás atrayente. ¿Estará en casa esta noche? Y el otro Garrideb, ¿estará también? Perfectamente, iremos, porque me agradecería charlar con usted sin que él se hallase presente... El doctor Watson me acompañará. Me parece comprender por su carta que usted sale muy poco de casa. Bien, llegaremos a eso de las seis. No es necesario que le diga nada al abogado norteamericano. Perfectamente. Adiós.

Era la hora del crepúsculo, y hasta Little Ryder, una de las calles más pequeñas que arrancan de Edgware Road, a menos de un tiro de piedra del antiguo Tyburn Tree, de ominoso recuerdo, parecía dorada y maravillosa al recibir de soslayo los rayos del sol poniente. La casa misma a donde nosotros nos dirigimos era un edificio amplio, antiguo, de estilo de la primera época georgiana, con una fachada lisa de ladrillo, cortada

únicamente por dos miradores profundos, situados en la planta baja. Nuestro cliente vivía en esta planta baja y aquellas ventanas resultaron ser la parte delantera de una habitación espaciosa en la que se pasaba las horas en que no estaba acostado. Holmes me señalaba, conforme pasábamos, las pequeñas placas de bronce las cuales llevaban curiosos nombres.

—Desaparecieron hace algunos años, Watson —remarcó, indicando su descolorida superficie—. Este es su nombre real, de todos modos, y eso es algo para tener en cuenta.

La casa tenía una escalera común, y allí había numerosos nombres escritos en el portal, algunos indicando despachos y otras residencias privadas. No se trataba de una colección de aposentos residenciales, sino más bien la morada de un soltero bohemio. Nuestro cliente nos abrió la puerta por sí mismo y se disculpó diciendo que la encargada se había ido a las cuatro en punto. El señor Nathan Garrideb era una persona muy alta, inarticulada y de espalda redonda, delgada y calva, de sesenta y pico años de edad. Tenía una tez cadavérica, con una deslucida piel mortecina correspondiente a un hombre a quien el ejercicio le era desconocido. Unos grandes y redondeados anteojos y una pequeña barba saliente combinados con su encorvada actitud le daban una expresión de miope curiosidad. El efecto general, sin embargo, era amigable, aunque excéntrico.

La sala era tan curiosa como su ocupante. Parecía un pequeño museo. Tanto a lo ancho como a lo largo, estaba llena de armarios y gabinetes, atestados con especímenes geológicos y anatómicos. Estuches de mariposas y polillas flanqueaban cada lado de la entrada. Una gran mesa en el centro estaba ensuciada con toda clase de desechos, mientras que el alto tubo de metal de un poderoso microscopio se erizaba entre ellos. Mientras ojeaba alrededor me sorprendí en la universalidad de los intereses del hombre. Aquí había un estuche de monedas antiguas. Allí, un gabinete de instrumentos de la edad de piedra. Detrás de la mesa central, un gran armario de huesos fósiles. Por encima, una línea de cráneos de yeso con nombres tales como «Neardenthal», «Heidelberg», «Cro-Magnon» impresos bajo ellos. Era claro que era un estudiante de variadas materias. Mientras permanecía frente de nosotros, tenía en la mano derecha un trozo de piel de gamuza, con la que estaba brillantando una moneda.

—De Siracusa..., perteneciente al mejor período —nos explicó exhibiéndola—. Más adelante degeneraron muchísimo. En el mejor de los casos las considero magníficas aunque algunos prefieran las producciones de la escuela de Alejandría. Señor Holmes, ahí encontrará una silla. Permítanme que quite antes estos huesos, Y usted, señor..., ya caigo, doctor Watson, tenga la bondad de apartar a un lado el jarrón japonés. Aquí me ven ustedes en medio de las pequeñas aficiones de mi vida. Mi médico me sermonea porque no salgo jamás; pero ¿para qué necesito salir teniendo como tengo

aquí tantas cosas que me atraen? Les aseguro que sólo para catalogar debidamente el contenido de una de esas vitrinas necesitaría mis buenos tres meses.

Holmes miró en torno suyo con curiosidad, y preguntó:

—Pero ¿me va a decir que no sale de aquí nunca?

—De cuando en cuando me hago llevar en coche hasta la casa de Sotheby o al establecimiento de Christie. Fuera de eso, rara vez abandono mi habitación. No soy demasiado fuerte, y mis investigaciones absorben mi atención por completo. Sin embargo, señor Holmes, ya puede imaginarse qué sorpresa terrible (agradable, pero terrible) fue para mí oír hablar de esa buena suerte incomparable. Sólo falta otro Garrideb para completar el asunto, y con toda seguridad que conseguiremos encontrarlo. Yo tenía un hermano, pero murió, y las mujeres están descalificadas en este caso. Pero con seguridad que tiene que haber otros con ese apellido en el mundo. Yo había oído hablar de que usted se hacía cargo de casos extraordinarios, y por esa razón me dirigí a usted. Desde luego este caballero norteamericano me parece hombre serio y debí haberlo consultado con él antes, pero mi intención fue obrar de la mejor manera posible.

—Creo que usted obró muy sabiamente —le dijo Holmes—. Pero ¿de verdad que siente verdaderos deseos de ser propietario de tierras en Norteamérica?

—De ninguna manera, señor. Nada sería capaz de inducirme a abandonar mi colección, señor. Pero este caballero me ha dado la seguridad de que si dejamos sentados nuestros derechos, me comprará mi parte. Se habló de la suma de cinco millones de dólares. En este momento se ofrecen en el mercado una media docena de ejemplares que llenarían lagunas que hay en mi colección y que yo no puedo comprar porque me faltan algunos centenares de libras esterlinas.

»¡Piense en todo lo que yo podría realizar con cinco millones de dólares! Tengo ya el núcleo necesario para formar una colección nacional. Seré conocido como el Hans Sloane de mi época.

Le brillaban los ojos tras los cristales de sus anchas gafas. Era evidente que Natham Garrideb no escatimaría esfuerzos para descubrir a otro hombre que llevase el mismo apellido.

—Vine con el exclusivo objeto de conocerlo, y no hay razón que justifique que interrumpa sus estudios —dijo Holmes—. Prefiero siempre establecer contacto personal con las personas para quienes trabajo. Son muy pocas las preguntas que aún me quedan por hacerle, ya que llevo en el bolsillo el clarísimo relato que usted me envió, y he llenado los huecos que en él había,

aprovechando la visita de ese caballero norteamericano. He creído entender que usted ignoraba su existencia hasta esta misma semana.

—Así es, en efecto. Vino a visitarme el martes pasado.

—¿Le ha hablado de la entrevista que hoy sostuvimos?

—Sí; vino derecho desde su casa. Antes se había irritado mucho.

—¿Qué razón tuvo para ello?

—Pareció creer que era poner en tela de juicio su respetabilidad. Pero cuando regresó venía muy alegre.

—¿Le indicó alguna norma de acción?

—No, señor; en absoluto.

—¿Recibió o le ha pedido alguna suma de dinero?

—¡Jamás, señor!

—¿Usted no cree que él anda detrás de alguna cosa?

—No, señor; salvo lo que él me ha expuesto.

—¿Le anunció que nos habíamos dado cita por teléfono?

—Sí, señor; se lo dije.

Holmes se quedó meditando. Yo veía que estaba intrigado.

—¿Hay en su colección algunos ejemplares de gran valor?

—No, señor. No soy rico. Es una colección buena, pero no de precio extraordinario.

—¿Y usted no tiene miedo a los ladrones de casas?

—No.

—¿Qué tiempo lleva ocupando estas habitaciones?

—Cerca de cinco años.

El interrogatorio de Holmes se vio interrumpido por una vigorosa llamada en la puerta. No bien nuestro cliente abrió el pestillo, entró en el cuarto, presa de gran excitación, el abogado norteamericano.

— ¡Ya lo tenemos! — exclamó, agitando por encima de la cabeza un periódico —. Me pareció que llegaría a tiempo. ¡Mil felicitaciones, señor Natham Garrideb! ¡Ya es rico, señor! Nuestro asunto ha terminado con toda felicidad, y todo está en regla. En cuanto a usted, señor Holmes, sólo podemos decirle que lamentamos haberlo molestado inútilmente.

Entregó el periódico a nuestro cliente, que se quedó de una pieza, mirando con ojos de asombro un anuncio que estaba marcado. Holmes y yo nos inclinamos hacia adelante y leímos por encima de su hombro. He aquí lo que decía:

«*HOWARD GARRIDEB*

CONSTRUCTOR DE MAQUINARIA AGRÍCOLA

Agavilladoras, cosechadoras, arados a vapor y manuales, sembradoras mecánicas, rastrillos, carruajes de granjero, carruajes de cuatro puertas y toda clase de accesorios.

Presupuestos para pozos artesianos. Dirigirse a Grosvenor Buildings, Aston».

— ¡Magnífico! — exclamó, casi sin aliento, nuestro huésped —. Ya tenemos nuestro tercer hombre.

— Inicié investigaciones en Birmingham — dijo el norteamericano —, y el agente que tengo allí me ha enviado este anuncio que apareció en un diario de la localidad. Tenemos que darnos prisa y acabar el asunto. He escrito a este señor anunciándole que mañana, a las cuatro de la tarde, iré a visitarlo a su oficina.

— ¿Quiere que sea yo quien vaya a visitarlo?

— ¿Qué le parece, señor Holmes? ¿No cree que sería lo más acertado? Me presento yo, por ejemplo, que soy un norteamericano que anda por el mundo, y cuento una historia maravillosa. ¿Por qué habría de confiar en mí? Usted, en cambio, es un inglés que puede ofrecer sólidas referencias, y él no tendrá más remedio que tomar en consideración lo que le cuente. Yo no tendría inconveniente en ir con usted, si así lo desea; pero da la coincidencia de que mañana es un día en que he de andar ocupadísimo, y siempre estaría a tiempo de visitarlo otro día, si usted encontrara alguna dificultad.

— La verdad es que no he hecho un viaje así desde hace muchos años.

—Es una cosa de nada, señor Garrideb. Yo he calculado ya su horario. Usted sale de aquí a las doce, para llegar poco después de las dos. Puede regresar a la noche. No tiene que hacer otra cosa que entrevistarse con ese hombre, explicarle el asunto y conseguir una fe de vida oficial de su existencia. ¡Por Dios... —agregó acaloradamente—, que si tiene en cuenta que yo he venido desde el centro de los Estados Unidos, no supone gran cosa que se desplace un par de cientos de kilómetros para dar fin a este asunto!

—Muy exacto —dijo Holmes—. Creo que lo que este caballero dice es muy cierto.

El señor Natham Garrideb se encogió de hombros con expresión de desconsuelo, y contestó:

—Bien, si usted insiste no tendré más remedio que ir. Desde luego que parece duro que yo le niegue nada, teniendo en cuenta las magníficas esperanzas que usted ha aportado a mi vida.

—Asunto concluido, entonces —dijo Holmes—, y no deje de informarme del resultado lo antes que pueda.

—De eso me cuidaré yo —dijo el norteamericano. Luego agregó, mirando su reloj—: Bueno, tengo que retirarme. Mañana vendré a visitarlo, señor Natham, y estaré a su lado hasta verlo en camino hacia Birmingham. ¿Viene en mi misma dirección, señor Holmes? Entonces, adiós, y quizá tengamos buenas noticias que comunicarle mañana por la noche.

Noté que la cara de mi amigo se aclaró cuando el americano dejó la habitación, y la mirada de pensamientos confusos habían desaparecido.

—Desearía poder observar su colección, señor Garrideb —dijo—. En mi profesión todos los conocimientos curiosos son útiles, y esta habitación suya es un almacén de ellos.

Nuestro cliente centelleó con placer y sus ojos brillaron desde detrás de sus grandes anteojos.

—Siempre he oído, señor, que usted es un hombre muy inteligente —dijo—. Le ofrezco hacer una visita ahora mismo si tuviese el tiempo.

—Desafortunadamente, yo no lo tengo. Pero estos especímenes están tan bien etiquetados y clasificados que escasamente necesitaría su explicación personal. ¿Tendría alguna objeción para que realizase una visita mañana si tengo tiempo?

—No, para nada. Es realmente bienvenido. Este lugar estará, por supuesto, cerrado, pero la señora Saunders estará en el sótano hasta las cuatro en punto y le dejará aquí con su llave.

—Bien, espero estar libre mañana por la tarde. Si le pudiera decir una palabra a la señora Saunders estaría todo en orden. ¿Por cierto, quién es su agente inmobiliario?

Nuestro cliente se asombró por esta repentina pregunta.

—Holloway y Steele, en Edgware Road. ¿Pero por qué?

—Tengo un poco de arqueólogo cuando voy a las casas —dijo Holmes, riendo—. Me estaba preguntando si esta era de la época de la Reina Anna o georgiana.

—Georgiana, sin ninguna duda.

—Ciertamente. Había pensado que era anterior. De cualquier modo, es fácilmente verificable. Bien, adiós, señor Garrideb, y que tenga todos los éxitos en su viaje a Birmingham.

El agente inmobiliario estaba cerrado, pero nos enteramos que iba estar cerrado todo el día, así que regresamos a Baker Street. No fue hasta después de la cena que Holmes volvió al asunto.

—Nuestro pequeño problema se acerca al final —dijo—. No hay duda de que ha delineado la solución en su propia mente.

—No comprendo ni una palabra de todo esto.

—La cabeza está seguro suficientemente despejada y la cola la veremos mañana. ¿No ha notado nada curioso acerca del anuncio?

—Vi que la palabra «arado» estaba mal escrita.

—¿Oh, ha notado eso, no es cierto? Venga, Watson, mejora con el tiempo.

Sí, era un mal inglés pero un buen americano. El impresor lo ha puesto como lo recibí. Fíjese en la palabra carruaje. Eso también es americano. Y los pozos artesianos son más comunes para ellos que para nosotros. Era un típico aviso americano, pero pretendiendo ser de una firma inglesa. ¿Qué piensa de ello?

—Sólo puedo suponer que este abogado americano lo puso por sí mismo.Cuál fue su objetivo no lo puedo entender.

—Pues bien, hay dos explicaciones alternativas. De todos modos, él quería enviar a este viejo fósil a Birmingham. Eso está muy claro. Le debería haber dicho que iba a ir a una búsqueda sin sentido, pero reconsiderándolo, parecía mejor despejar la escena dejándole ir. Mañana, Watson... el mañana hablará por sí mismo.

Holmes se retiró y se levantó muy temprano. Cuando regresó a la hora del desayuno noté que su cara estaba muy seria.

—Este es un asunto más grave de lo que esperaba, Watson —dijo—. Es justo que se lo diga, aunque sé que será solamente una razón adicional para que corra de cabeza hacia el peligro. Es todo lo que debe saber, Watson, por ahora. Pero hay peligro, y debería saberlo.

—Bueno, Holmes, pero no es el primero que hemos corrido juntos. Y espero que tampoco será el último. ¿Cuál es el peligro particular en esta ocasión?

—Nos encontramos ante un caso muy difícil de desentrañar. He logrado identificar al señor John Garrideb, consejero legal. No es otro que Evans el asesino, de fama siniestra y criminal.

—Con eso me quedo como estaba.

—Claro. ¡Como que no entra dentro de los deberes de su profesión llevar en su memoria un calendario portátil de la cárcel de Newgate! Fui a entrevistarme en el Yard con mi amigo Lestrade. Quizás anden allí, en ocasiones, algo escasos de intuición imaginativa, pero van por delante del mundo en cuanto a trabajar a conciencia y con método. Se me ocurrió que quizá sus archivos nos pusiesen sobre la pista de nuestro amigo norteamericano. Y, ¡cómo no!, descubrí su cara regordeta en la galería de retratos de maleantes, con una inscripción debajo, que decía: «James Winter, alias Morecroft, alias Evans el asesino». —Holmes sacó un sobre del bolsillo y dijo—: Tomé algunas notas de su expediente. Tiene cuarenta y cuatro años. Nació en Chicago. Consta que mató a tiros a tres hombres en los Estados Unidos. Se salvó de ir a presidio porque mediaron influencias políticas. Vino a Londres en el año 1893. Por cuestiones de juego hirió de bala a un hombre en un club nocturno de Waterloo Road, en el año 1895. El agredido murió, pero había sido el provocador de la riña. El muerto resultó ser Roger Prescott, famoso falsificador de Chicago. Evans, el asesino, salió en libertad en el año 1901. Desde entonces ha estado sometido a vigilancia por la policía, pero ha llevado, por lo visto, una vida normal. Es hombre muy peligroso, suele andar siempre con armas encima, y dispuesto a emplearlas. Ése es nuestro pajarraco, Watson; un pajarraco peligroso, como no podrá menos que reconocer.

—¿Pero qué juego es el que se trae?

—La verdad es que ya empieza a definirse. He ido a visitar la agencia de alquileres. Nuestro cliente, según él mismo nos dijo, lleva allí cinco años. La casa estuvo deshabitada durante un año, antes de que él la alquilase. El inquilino anterior era todo un caballero, de apellido Waldrom. En la agencia recordaban perfectamente los rasgos físicos del señor Waldrom. Repentinamente desapareció y nada más se oyó de él. Era un hombre alto, barbudo y de tez oscura. Ahora, Prescott, el hombre a quien el asesino Evans disparó, era, de acuerdo a Scotland Yard, un hombre alto y de tez oscura con barba. Como una hipótesis de trabajo, creo que tenemos que tomar que Prescott, el criminal americano, solía vivir en la misma habitación que nuestro inocente amigo ahora dedica a su museo. Así que al fin conseguimos un eslabón, como ve.

—¿Y el siguiente eslabón?

—Bien, debemos salir y buscarlo.

Tomó un revolver de su escritorio y me lo entregó en mano.

—Llevo mi preferida conmigo. Si nuestro amigo del Lejano Oeste trata de actuar de acuerdo con su apodo, nosotros estaremos listos. Le daré una hora para que tome una siesta, Watson, y entonces creo que será hora de comenzar nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando alcanzamos el curioso apartamento de Nathan Garrideb. La señora Saunders, la portera, estaba a punto de irse, pero no tuvo ninguna duda en admitirnos, por lo que la puerta se cerró con una cerradura de resortes, y Holmes prometió ver que todo estuviera seguro antes de irnos. Poco tiempo después de que la puerta exterior se cerrara, la gorra de la señora Saunders pasó por el mirador, y sabíamos que estábamos solos en el piso inferior de la casa. Holmes realizó un rápido examen de la instalación. Había un armario en un rincón oscuro, el cual sobresalía de la pared. Fue detrás de éste donde nos agazapamos mientras Holmes en un susurro delineaba sus intenciones.

—Quería que nuestro estimable amigo saliera de su habitación... eso está muy claro, y, como el coleccionista nunca salía, concibió un plan para hacerlo salir. Todo lo de esta invención de los Garridebs no tiene aparentemente ningún otro fin. Debo decir, Watson, que hay una cierta ingenuidad diabólica al respecto, aunque el extraño apellido del inquilino le dio una oportunidad que difícilmente podría haber esperado. Tejió su trama con remarcada astucia.

—¿Pero qué es lo que quería?

—Para descubrirlo estamos aquí. No tiene absolutamente nada que ver con nuestro cliente, tal como veo la situación. Es algo que se relaciona con el individuo al que asesinó, y que era quizá su compinche en delincuencia. Dentro de esta habitación hay algún secreto criminal. Así es como yo veo el problema. Pensé al principio que quizá nuestro amigo tenía entre las piezas de su colección alguna de mucho mayor valor de lo que él se imaginaba; algo digno de atraer la atención de un delincuente de alto rango. Pero el hecho de que el señor Roger Prescott de ominoso recuerdo, haya ocupado estas habitaciones, parece indicar que existe alguna razón de más peso. Bueno, Watson, el único recurso que nos queda es el de armarnos de paciencia y esperar a ver qué nos traen las horas.

La hora que esperábamos no tardó mucho en sonar. Al oír que la puerta exterior se abría y se cerraba, nos apretujamos aún más en la sombra. Se oyó luego el ruido agudo y metálico de una llave que funcionaba, y en seguida entró el norteamericano en el cuarto. Cerró tras de él la puerta con mucho cuidado, dirigió una mirada a su alrededor para cerciorarse de que no había peligro, se quitó rápidamente el gabán y se dirigió hacia la mesa central con la decisión de un hombre que sabe muy bien lo que tiene que hacer y de qué manera tiene que hacerlo. Apartó a un lado la mesa, arrancó la alfombra cuadrada sobre la que aquélla descansaba, la enrolló del todo hacia atrás y acto seguido, sacó del bolsillo un destornillador. De pronto escuchamos el ruido de tablas que se deslizaban, y un instante después quedaba a la vista, en el suelo, una abertura de boca cuadrada. Evans, el asesino, encendió un fósforo, lo aplicó a un trozo de vela y desapareció de nuestra vista.

Era evidente que había llegado nuestro momento. Holmes me tocó la muñeca como advertencia, y ambos avanzamos furtivamente hacia la boca abierta de la trampilla. Sin embargo, por muy suavemente que lo hicimos, el viejo entarimado debió de crujir bajo nuestros pies, porque súbitamente surgió del espacio abierto la cabeza del norteamericano, que atisbaba con ansiedad por todas partes. Su rostro tuvo un relampagueo de furor al vernos; ese furor se fue suavizando gradualmente hasta convertirse en sonrisa avergonzada cuando se dio cuenta de que dos pistolas estaban apuntadas hacia su cabeza.

—¡Bien, bien! —dijo fríamente cuando trepó a la superficie—. Imagino que es demasiado para mí, señor Holmes. Supongo que descubrió mi juego, y jugó conmigo como un tonto desde el comienzo. Bien, señor, es todo suyo, me ha derrotado y...

En un instante había sacado un revólver de su pecho y disparado dos tiros. Sentí una quemadura repentina como si un hierro al rojo vivo hubiera sido presionado contra mi muslo. Hubo una colisión cuando la pistola de Holmes cayó en la cabeza del hombre. Tuve una visión de él revolcándose sobre el

piso con sangre corriendo por su cara mientras Holmes lo registraba en busca de armas. Entonces los delgados brazos de mi amigo me rodearon, y me condujo hacia una silla.

—¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!

Era peor la herida... eran peor muchas heridas... que saber la profundidad de lealtad y amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento, y los firmes labios se agitaron. Por una única vez alcancé a ver un gran corazón tan bien como un gran cerebro. Todos mis años de humildad así como de servicio fiel culminaron en ese momento de revelación.

—No es nada, Holmes. Es un mero rasguño.

Rasgó mis pantalones con su navaja.

—¡Está usted bien! —gritó con un inmenso suspiro—. Es absolutamente superficial —su rostro se tornó de granito cuando observó a nuestro prisionero mientras se ponía en pie con cara aturdida—. Juro por Dios, que también ha sido lo mejor para usted. Si hubiera asesinado a Watson, no se iría de esta habitación con vida. Ahora, señor, ¿qué es lo que tiene que decirme?

No tenía nada que decir. Solamente se sentó y frunció la cara. Me apoyé en el brazo de Holmes, y juntos miramos hacia abajo en el interior del pequeño sótano que había sido descubierto bajo la mesa. Aún estaba iluminado por la vela con la que Evans había descendido. Nuestros ojos se posaron sobre una masa de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, un desorden de frascos, y, ordenados sobre una pequeña mesa, un número de pequeños y limpios manojos de papeles.

—Una máquina impresora... un equipo de falsificación —dijo Holmes.

—Sí, señor —dijo nuestro prisionero, tambaleándose lentamente con sus pies y entonces se hundió sobre la silla—. La falsificadora más grande que nunca haya visto Londres. Esa es la máquina de Prescott, y esos manojos en la mesa son dos mil billetes de Prescott que valen cien cada uno y son adecuados para pasar por todos lados. Ayúdense a sí mismos, caballeros. Llámenlo un trato y déjenme largarme.

Holmes rio.

—Nosotros no hacemos así las cosas, señor Evans. No hay ningún refugio para usted en este país. ¿Le disparo a ese hombre, Prescott, no es cierto?

—Sí, señor, y cumplí cinco años por ello, aunque fue él quien me forzó a ello. Cinco años... cuando debería tener una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre vivo puede distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y si no lo hubiera eliminado, hubiera inundado a Londres con ellos. Era el único en el mundo que sabía dónde los había hecho. ¿Puede imaginar que quisiese llegar al lugar? ¿Y puede usted imaginar que cuando encontré a este loco y bobo cazador de bichos con su extraño apellido ocupando el lugar, y sin salir nunca de su habitación, tuve que idear un plan lo mejor que se me ocurriera para alejarlo de aquí? Quizás hubiera sido más astuto haberlo matado. Hubiera sido lo bastante fácil, pero soy un hombre de corazón blando que no puede empezar a disparar a menos que el otro hombre tenga también un arma. ¿Pero dígame, señor Holmes, de todos modos, qué es lo que hice mal? No he usado esta instalación. No he herido a ese viejo cadáver. ¿Por qué me ha atrapado?

—Sólo por intento de homicidio, por lo que puedo ver —dijo Holmes—. Pero ese no es nuestro trabajo. Serán otros los que se ocupen de eso. Por ahora, lo único que queríamos era su encantadora presencia. Por favor, llame a Yard, Watson. No les pillaré por sorpresa.

Así pues, estos fueron los hechos acontecidos sobre el asesino Evans y su memorable invención de los tres Garridebs. Oímos posteriormente que nuestro pobre y viejo amigo nunca superó el trauma de ver cómo se esfumaron sus sueños. Cuando su castillo en el aire se derrumbó, lo hizo enterrándole bajo las ruinas. Lo último que supimos de él era que estaba un sanatorio en Brixton. Fue un día alegre para Scotland Yard cuando se descubrió el equipo de Prescott, porque, aunque sabían que existía, nunca habían sido capaces, tras la muerte del hombre, de encontrar su paradero. Es cierto que Evans realizó un gran servicio. Prescott fue causa de muchas preocupaciones por parte de los hombres de la División de Investigaciones Criminales, ya que el falsificador había sido señalado como un peligro público. Muy gustosamente le habrían concedido la medalla del tamaño de un plato de sopa de la que había hablado, pero un despectivo banquillo tuvo una visión menos favorable de sus actos, y el asesino Evans regresó a las sombras de las que una vez emergió.

¿Deseas continuar las aventuras de nuestro famoso detective?

Encuentra **todos** los libros GRATUITOS de Holmes y Watson en
SherlockHolmes.page



SherlockHolmes.page